

# Ceducción

Daniela Sarmiento

C murió Cecilia  
 Caverna  
 Coñac  
 Casa  
 Caída  
 Canela  
 C disparó candela

Recordaba el lugar, La Caverna estaba a punto de agrietarse, pero había buena música y queríamos bailar. Ahí estabas, eras Canela y candela. Querías fascinar. Mirada tuya y de nuevo estaba mareado. C, la letra c, c de Canela, un c-írculo inacabado. Mirada y tú meneadita. Claro que c y supe que sabías ser un círculo; pero que también sabías de sed y me la diste doble y yo fui tembladera y ya quería más.

C mía, te dije. Don Pedro gritaba que andaba entonado, pero yo jummm y tú linda; borramos las palabras de don Pedro con ochos en el aire. Son sabrosón y sabrosonas caderas. Me quedé viendo esa sonrisa tuya después de tanta vuelta y me pareció que empezaba a c-ircular un calorcito de tinieblas. Canela, te partías en la pista, y yo me ahogaba de tanta sed.

Recordaba a Cecilia, mi madre, a Roberto, mi padre, y su aroma de caña impregnado en el jardín de la casa. Casa y cañazo y canelazo. Eras la respuesta, buscaba sazón. Volvía a tu nombre y sabía que me ilusionaba, porque te decía la pura verdad y mirada meneadita que me pasabas una copa de carcajadas. Yo te prefería de besos vientos y nada, escándalo hasta



que demasiada sed y me diste viento. Estaba confundido porque solo coñac, c-inco dobles y desss-enrrrédame las lagunas. Me dejaste quieto y fuiste al baño.

Ya eran seis meses de Canela caderas y juntos salsa, evasiones y armas. Pero como tú, mi querido canelazo, eras solo jugueteo de csss-pero regresaste y me lancé al suelo para proponértelo y regresar con ansias a la Canela y reconstruir contigo mi círculo inacabado. Canela, eras la respuesta, eras... Y yo que no podía con tanta danza c-ircular de lenguas vecinas, porque se me hacía la boca chiquita. Resultaste ser un cañonazo, porque me diste la espalda y dejaste que se burlaran. Tiraba un paso y me decías que confiara, que sí, pero que no y no entendía ni un carajo; me eché el séptimo trago encima porque quería que Casa fueras a mi canela.

Después solo chorros en las pestañas y c que c-eniza, porque la vergüenza me alcoholizaba hasta que me ardía la cara. Y lo que tenía en la lengua ya no era coñac, sino ese maldito sabor de los seis meses babeando por tus caderas. ¿Si ve?, c-engañó, decía Pedro; y sí, porque eras... Y pensé: sin miedo. Ya todo enlagunado, encanelado, encandelado te llevé para afuera.

Yo no c que decías pero escuché algo como: deja de evadirme; y casi te sirvo mis carcajadas directo en la boca, pero calmé paladar. Sacaste a Candela del bolso y pensé: este es mi fin. Nunca. Hasta que me apuntaste, porque ahí me puse serio; sabía que no eras hábil con ese temita, aunque te gustara, y pregunté que qué pasaba, que si ya no me querías, que si no funcionaba. Pero te quedaste muda y yo aproveché.

Me acerqué a tu oreja para darle vientos y cuando bajé mi mano hasta la tuya te volviste un ocho y soltaste el arma, o el alma. Abriste los ojos como si quisieras que te los sacara cuando le quité el seguro a Candela. Preguntas llenaron tu boquita mientras la furia se avivaba en mis manos. Sí, miradas meneaditas, y me volví candela porque no entendiste que no

quería regresar a casa solo, que mi madre había enterrado el aroma de mi padre en el jardín.

Estabas asustada porque vi cómo los labios se te volvían de hiena y te dije que tranquí, que nunca, que por fin había entendido; porque no cuidaste mis lagunas, ni el son, ni el somos. Pero que no había problema, que igual te llevaría a mi casa. Y cuando me pareció que ibas a hablar tuve mucha sed de callarte.

... eras mi círculo inacabado; te lamí los labios sellados hasta que fuiste humo y paré para decirte, aunque no me escucharas, que me gustaba cuando estabas quieta, porque eras tú la que se apenumbra con el movimiento c-ircular de mi lengua. Pero mira, no aguanté más y te invertí la O de Oanela a punta de balas para juntarla con la C de Cecilia y tener por fin un O-ctavo chorro. Te tragabas la C hasta los pulmones como si estuvieras viva para complacerme, pero del cañonazo en tus caderas se derramaba una hilera caliente para que mi sed se saciara de ver por fin, un c-írculo completo. Nada culminó hasta que te imaginé estancada y madura en el jardín de mi casa. Canela sí, pero mejor sangre atravesando el son de tu silencio; porque Canela, eras el sabor que detestaba, pero Oanela, todo el sabor que quería.

